

EL COLECTIVO 67

Recuerdo que ese día volvía a casa del trabajo. Eran cerca de las ocho y media de la noche y corría un aire fresco y delicioso que anunciaba la llegada del verano porteño. El departamento en el que estaba viviendo se encontraba próximo a la embajada norteamericana, frente a una plaza de frondosos jacarandás que en primavera se cubrían de racimos color lila. En esa época mi vida, la verdadera vida, recién empezaba. Había conocido a un hombre que me sabía a playa solitaria, a luna de verano, a horas infinitas. Aunque mi vida después dio muchos vuelcos, ese fue uno de los años más felices de mi vida. Era un amor diferente a los otros; este era un amor de los que nacen con una mirada. Ese anochecer tibio de Buenos Aires regresaba del trabajo y el vaivén del colectivo 67 que me llevaba a casa me adormecía. El colectivo rodaba hacia la calle Darragueira con pocos pasajeros a bordo y esquivando el tráfico al mejor estilo porteño, ese día sin llevarse a nadie por delante. En realidad el departamento en el que estaba viviendo no era mío. Le pertenecía a M., el hombre que había conocido y con el que esperaba casarme apenas nos reuniéramos en unos meses en los Estados Unidos. Lo había conocido en la editorial en la que trabajaba de traductora. Lo había visto de lejos un mediodía en el que había ido al rellano del piso a comprar un sándwich en un carrito de alimentos. Recuerdo divisarlo y tener la sensación de haberlo conocido antes, en algún lugar de mi infancia. M. tenía el típico perfil mediterráneo: piel mate, ojos oscuros, alto y delgado. De alguna manera me recordaba